

Vinieron como golondrinas

William Maxwell

Caminando con William Maxwell: Apuntes sobre la pandemia

Travis Holland – 06 de abril 2020

"Ninguno de nosotros sabe lo que traerán los próximos meses". Travis Holland revisita la novela de William Maxwell de 1937, "Vinieron como golondrinas", ambientada durante la pandemia de gripe española de 1918, meditando sobre la quietud, la ausencia y la memoria durante la crisis actual.

Al pasar por la vieja casa blanca mientras paseo después de cenar, miro hacia sus ventanas. Desde que vivo en este pequeño pueblo, esa casa permanece vacía. Pero esta noche mi cabeza está llena de historias, y ahora un par de figuras solitarias caminan de una habitación a otra. Es enero de 1919. Se ha desatado una pandemia en el mundo, y en cada ciudad y pueblo de Estados Unidos, hay familias de luto. *Lo peor ya pasó* —así es como el novelista William Maxwell, que cumplía diez años ese invierno, recordaría algún día esta terrible época, cuando mirara hacia atrás. "Mi padre quedó prácticamente arruinado por la muerte de mi madre. Por la noche, después de cenar, él caminaba por el pasillo y yo con él, rodeándole la cintura con el brazo". Desde la sala de estar hasta el pasillo principal, donde el reloj de pie hace "tic-tac". Del pasillo a la biblioteca, de la biblioteca al comedor. Una y otra vez.

Un siglo después de aquel invierno en el que William Maxwell perdió a su madre en lo que se ha llamado "la mayor plaga de la historia de la humanidad", volvemos a enfrentarnos a una pandemia mundial como ninguna otra vista en nuestras vidas. Encerrados en nuestras casas y apartamentos, con la orden de quedarnos en casa, escaneamos nuestros teléfonos en busca de las últimas noticias de COVID19, buscamos consolar a amigos y seres queridos y, al hacerlo, nos consolamos un poco, al menos hasta la próxima llegada de "noticias aleccionadoras". Algunos días no parece del todo real. Eso es lo que me dice mi hija cuando le pregunto cómo le va. "Esto no parece real". No puedo creer que esto esté sucediendo realmente. Nada en nuestra experiencia nos ha preparado para este momento. Las plagas ya no ocurren, al menos ya no. Pero luego voy al supermercado y me encuentro con estantes vacíos y compradores con mascarillas quirúrgicas y guantes mirándose unos a otros con recelo. Conduciendo a casa, paso por la escuela secundaria y veo una fila de autos

que se extiende hasta más allá del aparcamiento, padres que acaban de perder su empleo haciendo fila pacientemente para recibir comida donada para que sus hijos no pasen hambre. Esa misma tarde, mi mujer llama por teléfono cuando regresa a casa desde la clínica donde trabaja, e inmediatamente escucho el cansancio en su voz. Es su cumpleaños, pero no hablamos de eso. En lugar de eso, me cuenta el caso de una pareja mayor con la que se cruzó hoy en el pasillo. El hombre llevaba una mascarilla quirúrgica y tenía una Biblia abierta en sus manos, y cuando mi mujer pasó pudo escucharlo recitando el padrenuestro una y otra vez. Para aquellos de nosotros a quienes la pandemia nos ha obligado a quedarnos en casa, los días son en su mayoría un vacío que espera ser llenado: con trabajo y quehaceres, con cualquier ejercicio que podamos hacer en solitario, con libros y películas, con Facebook, Instagram. Y con las novedades, por supuesto, siempre hay más noticias. Hacemos todo lo posible para desterrar el tedio del aislamiento forzado, mientras miramos con cautela las nubes oscuras del horizonte, que por ahora están relativamente lejos. Para otros, como mi mujer, la tormenta es inminente o ya está bajo su influjo, y por tanto no existe la misma quietud que embrutece. Hay que atender a los enfermos y heridos, hay que apagar los incendios y reabastecer los estantes de las tiendas de comestibles. *Un día —dice mi mujer—, es posible que no pueda volver a casa.* La universidad está instalando dormitorios para profesionales médicos como ella por si contraen el coronavirus. Un cirujano conocido tiene planes de enviar a su familia a su casa de campo si es necesario, y ha ofrecido su casa a compañeros de trabajo que temen transmitir el virus a sus seres queridos. *Es mejor así —me dice mi esposa.* Lo mejor para nosotros, para su familia, quiere decir.

Pero esa quietud de la que hablaba, a la que ahora muchos de nosotros, atrapados en casa, nos enfrentamos. No puedo evitar pensar en ello al releer la novela de William Maxwell de 1937, "Vinieron como golondrinas". El libro comienza un domingo a principios de noviembre de 1918. Peter Morrison, de ocho años ("Bunny" para su familia), se despierta con el susurro del agua que gotea del techo y escucha la voz de su madre en el piso de abajo. Se apresura a entrar a la biblioteca para darle un beso de buenos días, y su madre le pregunta: "¿Quién es este angelito?". Ella está tejiendo pañales. Al hablar de sus novelas, William Maxwell admitió que eran, en muchos sentidos, autobiográficas. "Son fragmentos en los que soy un personaje junto con todos los demás", dijo una vez en una entrevista. En "Vinieron como golondrinas", Bunny es esencialmente Maxwell de niño en 1918, e igualmente, la madre que vemos tejiendo pañales en ese tranquilo domingo es, o era, la madre embarazada de Maxwell, Eva, que cumplió treinta y siete

años ese mismo año. Asistimos a unas memorias revestidas de ficción, unas memorias que no le abandonan. Embarazada de su tercer hijo, la madre de Bunny, Elisabeth, irradia una tranquilidad celestial que empieza a resquebrajarse. La gripe que mató a millones de personas en todo el mundo ha llegado finalmente a su pequeña ciudad del Medio Oeste. Sin embargo, de alguna manera, milagrosamente, este instante luminoso entre Bunny y su madre no alberga temor alguno; no sentimos miedo ni pánico, no escuchamos el bramido cercano de un trueno. Ese tranquilo domingo sólo desprende amor.

Después de mi caminata, reviso mi teléfono para ver las últimas noticias sobre la plaga. Es el 24 de marzo. Más de 47.000 casos confirmados de COVID19 en Estados Unidos. Hace cuatro días esa cifra rondaba los 14.000. Quién sabe cuál será la cifra dentro de una semana o dentro de dos semanas. En todo el mundo, han enfermado casi 400.000 personas y han muerto unas 17.000. La Universidad Johns Hopkins tiene una aplicación interactiva en su sitio web que permite realizar un seguimiento de la pandemia. Hay un mapa por el que puedes desplazarte, con los círculos rojos que representan la cantidad de casos confirmados en varios países y estados. Cuanto más grande es el círculo, más casos. El círculo de Italia es enorme. También lo son el de España y el de Irán. Hace cuatro días, se podía pasar un dedo por las amplias llanuras y montañas que se extienden por el centro de Estados Unidos y tocar sólo algún que otro punto rojo. Ahora todos los rincones y zonas del país se están poniendo rojos, como un barco que se hunde y se llena rápidamente de agua. En la clínica de mi mujer, que cerrará a partir de esta noche porque todo personal sanitario, incluida ella, será trasladado al hospital principal de la ciudad, cada día es un curso intensivo sobre cómo prepararse para la pandemia. Los pomos de puertas y escritorios se desinfectan constantemente y los protocolos de emergencia se discuten por videoconferencia. Se cancelaron determinadas cirugías para poder afrontar el número de casos que se espera que se incremente de un día para otro. Después del trabajo, me muestra la mascarilla FFP2 de color azul que le han asignado: una mascarilla, que es todo lo que el hospital puede proporcionar actualmente a su personal, y en la que ha escrito su nombre. Me dice que todas las camas de la UCI están ya ocupadas. Como tantas veces antes, nuestra conversación gira en torno a la posibilidad de que ella enferme. Por supuesto que tendrá que estar aislada, ambos lo entendemos. ¿Y si su estado empeora? Sí, ¿entonces qué? Le digo que no la dejaré sola. *No tendrás otra opción* —dice mi esposa. Ella tiene razón, me doy cuenta. ¿Qué voy a hacer? ¿Intentar abrirme paso entre los miembros que integran la seguridad del recinto? ¿Quién cuidará de nuestros hijos? A estas alturas todo

el mundo ha visto este tipo de historias en las noticias. Todos sabemos lo que les pasa a las personas que acaban en el hospital con coronavirus. Cualquiera que sea el resultado, bueno o terrible, estarás solo.

En el invierno de 1918, la noticia de que se acercaba la pandemia tardó en difundirse. Si querías saber dónde estaba el virus y hacia dónde se dirigía, tenías que leer el periódico. Todavía faltaban años para la invención y difusión de la radio, y cualquier insinuación de que algún día podríamos rastrear las plagas mediante teléfonos móviles lo suficientemente pequeños como para poder meterlos en el bolsillo del abrigo habría sido recibida con carcajadas desdeñosas. Cuando las escuelas de mi ciudad cerraron hace doce días, me enteré por correo electrónico. Cuando nuestro gobernador ordenó a todos los residentes que se refugiaron en sus casas, el mensaje apareció instantáneamente en millones de teléfonos de todo Michigan. En la infancia de Maxwell, esos avisos de salud pública se habrían reducido a carteles clavados en puertas de iglesia y colgados en escaparates de las peluquerías, y luego se habría transmitido la información de boca en boca. Al principio de “Vinieron como gorriones”, hay una escena en la que envían a Bunny a comprar una botella de leche a la tienda, donde la dependienta, la Sra. Lolly, le dice: “En Chicago he oído que hay gente muriendo de gripe. Y en San Luis”. Ése es un momento en que gran parte de Estados Unidos se tambaleaba por una segunda ola de muertes por gripe, hasta el punto que las funerarias se estaban quedando sin ataúdes. Millones de personas habían muerto ya en todo el mundo. A pesar de esto, la familia de Bunny se mantiene al margen de la tragedia. De momento, en ese tranquilo domingo, la calma persiste. Pero sabemos que no durará. De hecho, nos enteramos de que un niño de la escuela de Bunny llamado Arthur Cook fue enviado a casa enfermo. *Estábamos jugando tres de nosotros más allá* —intenta contar Bunny a sus padres esa noche durante la cena— *y Arthur Cook se enfermó*. Pero su padre no quiere escuchar. Hay cosas mucho más importantes de qué hablar: política, por ejemplo, y ese error garrafal del presidente Wilson. *¿Puedes, hijo mío* —le dice a Bunny— *quedarte callado hasta que termine lo que estoy diciendo?* Y Bunny así lo hace.

Las casas apiñadas a lo largo de mi calle forman una línea temporal. Principalmente hay casas como la mía, construidas en los años 50 y 60, pero también hay un puñado de casas más antiguas que llevan aquí cien años o más. Los arces plateados que fueron alrededor de las casas más nuevas ahora se elevan como gigantes sonámbulos. Cuando mi hijo y mi hija eran pequeños, recogía con el rastrillo las hojas de arce de nuestro patio trasero, donde las colinas, y dejaba que mis hijos se sumergieran en ellas. Un vecino con quien he trabado una gran amistad a lo largo de los años me dice que

los arcos plateados tienen una vida relativamente corta y que nuestros árboles pueden estar acercándose a sus últimas décadas de vida. ¿Es eso cierto? ¿De verdad es posible que un día contemplemos el final de estos magníficos árboles? Después de cenar, camino por el callejón de césped de dos vías que hay detrás de mi casa y me dirijo al corazón de la ciudad. De nuevo atravieso un mosaico de piezas antiguas y modernas, con algunas cabañas que datan de hace menos de cincuenta años y otras casas tan antiguas como el cementerio de la ciudad, donde se ven tumbas que datan de la Guerra Civil y más allá. Los graneros que alguna vez albergaron caballos se alinean en los callejones sin pavimentar. Al pasar por una mansión especialmente ostentosa, contemplo maravillado las intrincadas y artesanales volutas que adornan los aleros. A unas manzanas de distancia, la antigua casa blanca permanece como si fuera un castillo abandonado. Ni siquiera un mueble en el porche delantero, ni setos ni flores en el jardín, aunque el césped parece cortarse con regularidad y la pintura y el techo están en perfectas condiciones. En realidad, a pesar de su aspecto, el edificio no parece embrujado, pero sí despojado de vida y congelado en el tiempo. Uno casi espera escuchar el relincho de los caballos proveniente de la zona anexa en la parte de atrás, y el profundo y resonante gong de un reloj de pie al dar la hora, en su interior.

En otra de las novelas de Maxwell, su obra maestra "Adiós, hasta mañana", el narrador relata el manto de dolor que cayó sobre su casa tras la muerte de su madre.

Escuché a un amigo de la familia decirle con vehemencia a mi padre que no había más cura que el tiempo, y aunque éste dijo: "Sí, lo sé", me di cuenta de que no le creía. Una vez a la semana daba cuerda a todos los relojes de la casa, empezando por el del abuelo, que estaba en el vestíbulo. Las manecillas de los minutos y las horas giraban con seguridad y la luz del exterior corroboraba lo que anunciaban: era la hora del desayuno, ya era tarde, era de noche, con la oscuridad golpeando los cristales de las ventanas. Lo que dijo aquel amigo de la familia era cierto... para algunas personas. Para otras, ya pueden las manecillas del reloj girar y girar hasta la llegada del juicio final, que el tiempo no logrará curarles nada. No sé de qué forma mi padre superó su dolor. Todo lo que sé es que transcurrió más de un año antes de que volviera el color a su rostro y pudiera sonreír cuando alguien decía algo gracioso.

Una vez, durante un almuerzo, mientras hablaba de la novelista Willa Cather con su amigo el dramaturgo Peter Lemay, Maxwell reflexionó sobre lo que llevó a algunas personas a convertirse en escritores. *Vaya* —respondió



Lemay—, *lo que convierte a alguien en escritor son las privaciones, por supuesto. Y luego me pidió perdón* —recordó más tarde Maxwell en una revista—. *Pero es que sí que creo que la privación es lo que convierte a las personas en escritores, si tienen la capacidad de serlo*". Después de haber pasado la mayor parte de su vida asomándose al pozo sin fondo que la muerte que su madre había dejado tras de sí, un pozo al que arrojó un libro tras otro, Maxwell lo sabía mejor que nadie. Incluso cuando intentó escribir sobre otras cosas, no pudo evitar sentirse atraído por ese invierno de 1919. "Quise relatar en *Adiós, hasta mañana* la tragedia de otra persona, pero el hilo narrativo oscila entre el disparo de rifle de la primera página y la ausencia de mi madre". "El pasado no está muerto", escribió Faulkner. "Ni siquiera es pasado".

Ninguno de nosotros sabe lo que traerán estos próximos meses. Encerrados en nuestras casas, pasamos el dedo por ese mapa del mundo y observamos cómo se expanden esos círculos rojos. Encontramos nuevas formas de pasar el tiempo, formas de vencer el aburrimiento y el miedo. Esperamos que aquellos a quienes amamos permanezcan a salvo, y cuando nos invade una repentina necesidad de salir fuera, cuando la quietud se vuelve excesiva, caminamos por nuestros pueblos y ciudades vacíos, miramos las casas por las que pasamos, y esperamos.

La esencia de ser madre

Ángel Cabrero Ugarte – 17 de octubre 2023

"Vinieron como golondrinas", seguramente el libro más conocido de William Maxwell, en torno a la mal llamada "gripe española", es ya todo un clásico, por su calidad literaria y su profundidad en ciertos temas de gran interés. Tiene tres partes, en la primera nos cuenta las vicisitudes del hijo pequeño, Bunny, de siete años; en la segunda aparece Robert, el hijo mayor, adolescente de trece años. Y en la tercera el personaje es el padre. Pero, en verdad, la protagonista de toda la historia es la madre.

La madre no tiene un capítulo en el libro, pero en toda la novela aparece en los entresijos de las problemáticas y circunstancias varias de la familia. El autor consigue transmitirnos una presencia parecida al aire que se respira. Nadie piensa en el ambiente creado en un hogar, pero quien mirara desde fuera se daría cuenta de que ella lo era todo.

Especialmente patente en la existencia infantil de Bunny, muy crio, muy pegado a las faldas de mamá y, por tanto, con bastante dificultad para salir a la calle y jugar con lo que se encuentra uno en el campo. Él necesita cerca

esa presencia. No es algo que ella pretenda, pero tampoco hace nada por alejarse. Es el alma de la casa y el pequeño vive bien así. Apenas tiene que darle ella indicaciones. Él sabe bien que es lo que agrada a su madre.

Con Robert las cosas son distintas. Ya se sabe que el adolescente tiende a ir a lo suyo. Así se comporta, sale y entra, está en sus cosas, pero tiene una admiración notable por su madre. "Había cosas en las que era mejor no pensar. (...) Le habría gustado hablar de su madre, pero le parecía que no conocía a su tío tanto como para eso". Un cariño muy distinto al de su hermano pequeño, pero que hace pensar en la cercanía creada.

La relación con su marido es, lógicamente, distinta. Él la querría a solas, sin interferencias. Se daba cuenta de que ella era el alma de la casa. Era consciente de que sin decir casi nada, dominaba perfectamente la situación. Para él los hijos, de alguna manera eran un poco incordio. "A la larga, más valía no tener hijos. James no los entendía: no tenía la menor idea de lo que se les podía estar pasando por la cabeza. Pero eso le correspondía a Elizabeth; al fin y al cabo, era ella la que había querido tenerlos".

Una manifestación muy clara de hasta qué punto en ese hogar ella era el alma. Todo giraba en torno a la madre-esposa. ¿Habría que decir que era quien mandaba? No era eso lo que pensaba el padre, pero sabía que ella era el vínculo, el corazón de la familia, y todo sin palabras ni explicaciones. No era necesario que nadie dijera que esto era así.

Desde luego no significaba que ella permitiera todo a los hijos. Era exigente, ordenada y puntual y transmitía virtudes con su vida. Pero era indudable que lo más importante que ella hacía era estar. Estaba en casa, vivía para ellos, era exigente consigo misma. Todo eso lo entendía muy bien su marido. "Y sin estar ella... James fue al vestíbulo y se pasó un buen rato mirando al paragüero. Sin Elizabeth, no iba a poder sobrellevarlo".